

plirlo. Pero en este instante estás aquí, reencarnas en nuestro pensamiento, y reverentes, pálidos, te presentamos el cáliz de la boda. Entona el himno.

Como Orestes en la esquiliana trilogía, yo te digo:

—Aquí estoy y te llamo, Padre, escúchame.⁽¹⁾

(1) Elegía pronunciada en la velada fúnebre que el «Liceo Mexicano» celebró en honor del Maestro Altamirano.



CARTA ABIERTA (1)

AL SR. D. ANGEL FRANCO.

Ante todo, Sr. D. Angel Franco, perdone Ud. lo tardío de mi respuesta y no atribuya esa tardanza á descortesía, pues no me resigno á que me desestime quien, aunque yo no le conozca, es ya mi amigo: ocupaciones y preocupaciones ineludibles me impidieron escribir esta carta en sazón. Dice Ud., dirigiéndose á mi, lo que á seguida copio, para ahorrarme el trabajo de exponer la cuestión, si bien declarando anticipadamente que sólo á indulgencia excesiva atribuyo las frases encomiásticas de Ud. para mí:

«Usted que es tan inteligente y que sabe tanto, ha de ser bondadoso. La altivez de su talento no debe humillar á los que respetuosamente se acercan á Ud. para aprender. Que de las alturas descienda el consejo que ilustra. Hoy que glorias mezquinas ó falsas dan el espectáculo cómico de su cólera sublevada al toque de la sátira, enseñe Ud., poeta, cuál debe ser la noble actitud del mérito.

«¿Qué puede temer su fama, esa vestal inviolable, bellísima, luminosa y casta?—¿No sabe Ud. que las emperatrices suelen bajar á las humildes chozas? ¿No sabe Ud. que tornan á su palacio sin salpicaduras en la púrpura imperial?

«Provechoso será su ejemplo en medio de este hervidero de presunciones locas, de luchas desesperadas.

«Permítame Ud. que le interrogue, y sirvan su bondad y mi admi-

(1) Respuesta á una carta que escribió al Duque, D. José Ferrel, con el pseudónimo indicado arriba.

ración y mi respeto por Ud., para inclinarle á enseñarme algo, respondiéndome.

«Leía extasiado su hermosísimo discurso leído en honor de Altamirano, cuando un amigo mío que me escuchaba, no menos extasiado, me interrumpió preguntándome:

—«¿Es verso ó prosa?»

—«Es la música tiernísima de Gutiérrez Nájera, respondí.»

«Pero á una nueva pregunta, cesé la lectura y le dí el periódico á mi amigo. El, afortunado buzo, sacó este tesoro de perlas.»

¡Aquí enhebra Ud. muchos renglones míos que en nada se asemejan á las perlas, pero de los cuales CASI TODOS son súbditos de la rima; y luego añade:

«Ahora yo pregunto respetuosamente, poeta: ¿es en castellano un defecto literario la *prosa en verso*, como lo es el verso prosaico?»

«La respuesta de Ud. será una lección útil para mí, y no me la negará Ud. que es tan bondadoso, tan inteligente y tan instruído. Los hombres como Ud., son, señor, los que deben enseñar. Su gloria les impone ese noble deber.»

Seguramente, Sr. D. Angel Franco, es Ud. muy joven, y por eso cree que yo sé mucho, me juzga capaz de darle una lección y hasta incurre en la imperdonable y reprobable debilidad de admirarme. No quiero que me admiren; quiero que me quieran, y me ufano muchísimo cuando presumo que lo voy logrando, puesto, y vaya un ejemplo flamante, que Ud. mismo, redactor del *Demócrata*, diario cuya manía *obstruccionista* combato y combatiré por convicción, publica en él las inmerecidas alabanzas que dejé copiadas. Hablo, pues, al amigo, al desconocido que me quiere, no al discípulo, porque, le digo á Ud., no con modestia, llamada en buen romance hipocresía, sino con corazón: por completo me faltan las cualidades imprescindibles de que ha de estar dotado el educador. desde la ciencia adquirida á tiempo oportuno y metodizada, hasta la severidad que necesita el que tiene que transmitir esa tal ciencia. Y, para el caso presente, más notoria es mi ignorancia, porque no entiendo cosa de retórica; olvidé, si es que lo supe, cuanto me enseñaron algunos preceptistas de literatura, y á vuelta de leer, por innata afición, libros franceses—lo cual aconsejo á Ud. que no haga con exceso y frenesí—ando muy descarriado en español.

Hechas las anteriores salvedades, paso á contestarle *amistosamente* su pregunta.

¿La prosa en verso es un defecto? Creo que no, si el asunto es por esencia poético. El verso prosaico, de seguro sí.

Cuando escribí de carrera, como por desgracia escribo todo, la breve alocución á que Ud. se refiere, mi estado de ánimo era éste: no quería acordarme del hombre, del Maestro Altamirano en carne y hueso; porque á haberme acordado de ese amigo á quien tanto quise, no habría sido posible que escribiera ni una línea; no me encontraba competente para juzgar la obra literaria de tan pródigo Mentor, y esa tarea, en mi juicio, tocaba á Justo Sierra, que alto piensa y hondo siente; tampoco tuve el vagar y reposo necesarios para zurcir versos disciplinados á la rima; hice memoria, Dios sabe cómo, de la fecha que era, correspondiente á la en que celebraban los antiguos su fiesta de los Manes; como en tropel se me vinieron al recuerdo mis pláticas de antaño con el horaciano cantor de las *Abejas*, la devoción ferviente que les tuvo á los poetas griegos y latinos, la ternura que Italia le inspiraba; é inmaterializándole, viéndole en alma nada más, escribí algo que, siendo prosa, hablaba en verso sin saberlo. No lo hice de propósito, no fué artificio; así brotó. Yo oía, como un eco lejano, escondido en selvática espesura, la *NENIÆ*, el canto orfeónico que entonaban los latinos en la fiesta de los Manes, parecido al que alzaban los griegos en igual día del mes de Anthesterión, al que despertó á la callada y blanca sombra de Eurydice. ¿Aquel canto era verso? ¿Era prosa? La ignorancia de todos respecto á la pronunciación del idioma griego y de la lengua latina, imposibilita la resolución del problema; pero, en todo caso, era un himno cadencioso y libre, no sujeto á pragmáticas particulares. Me lo imagino como el verso blanco nuestro, más con mucha mayor libertad que el verso blanco. Y así en esa forma, aunque muy mal, me salió por manera espontánea, que no obedeciendo á propósito deliberado, la . . . *cosa* que Ud. con injusticia encomia. Se me cayeron versos en ella, porque así pasó; y esos versos son malos, como míos; pero no es malo prender versos en la prosa.

¿Cómo, pues, que no le gusta á cualquiera ver á una muchacha guapa con una camelia en el corpiño, con una rosa en el cabello? La prosa de buena cepa se viste de andaluza, como en el *Sombrero de tres picos*; se viste de monja; calza el coturno griego, corretea como retozona parisiense; declama á veces; hace números, otras; y, si la ocasión es apropiada, también hace versos; *Spiritus flat ubi vult*.

Lo interesante es transmitir á otros la sensación nuestra. El que lo consigue es verdaderamente un escritor. Zorrilla, para mí, fué un gran músico, y si está en el cielo, como lo deseo, ha de haber ido á la esfera ó círculo en que toque Santa Cecilia. Ello es que logró hacernos oír melodías incomparables y que por eso le estamos agradecidos. Otros *sienten un color* y lo reflejan en las almas que con ellos simpatizan. Leconte de Lisle siente una línea y la burila en los cerebros de los que saben leerle.

Pero, me dirá Ud., esos son poetas, y yo hablo de prosistas. Bueno. Pues respondo que, en achaques de arte, no hay poetas ni prosistas, sino artistas y no artistas. La prosa tiene su ritmo recóndito. En Quevedo suena á carcajada; en Fray Luis de Granada, á himno sacro; pero una y otra, sin que el asceta ni el satírico se propusieran hacerlo, tienen cierta cadencia especial y perceptible. La Biblia está escrita casi en verso, y muy casi. El *Contempus Mundi*, llamado vulgarmente *Kempis*, es un *Miserere* un *De Profundis*, un cántico sagrado. La prosa de Castelar, que es el más conspicuo representante contemporáneo de la prosa genuinamente española, es, en resumen, una sarta de octavas reales agrandadas. En la de Renán abundan versos; y en la profética de Carlyle, más todavía.

Sí le digo á Ud., amistosamente, Sr. D. Angel Franco, que ajuste su prosa al asunto de que trate. Si este es seco, árido, séalo ella. Si es doctrinal, que sea clara. Pero si llega el entusiasmo, precedido por los redobles del tambor; si flamean los ideales; si calienta el sol las bayonetas, que surja de esa prosa el *yambo* fulmíneo; que éntre el verso batallador por entre sus filas apretadas, como entra el toque del clarín sacudiendo las soñolientas energías.

Entonces la *r* se retuerce, retumba el período, relampaguea la frase descarada, raya la pluma el papel en que escribimos, ruedan rugiendo las palabras; y al término, en la cumbre, se clava la bandera, orgullosa, flameante, llena de vida, llena de calor, llena de sol. Poco importa que el verso entre; es un aliado . . . es la música del regimiento.

Cuando cae la tristeza lentamente, surge el verso, por lo mismo que al anochecer van brillando las estrellas, trémulas como las lágrimas. No le dejemos afuera; está solo, está desnudo, pide hospitalidad . . . iba á ser Elegía, pero sus padres lo dejaron! Es bueno que la prosa tenga versos en ciertas ocasiones, porque es bueno llorar, y suele ser el verso una lágrima caída en el papel.

Sobre todo, Sr. D. Angel Franco, lo bueno es tener talento, y me apena el no poder decir á vd. que lo tiene, porque no conozco nada de Ud. y porque ha tenido la galantería de encomiarme. Sí creo haber visto una simpatía, y esa es la que sinceramente correspondo. Pida lecciones á los que más saben, y sea amigo mío.





EL MAESTRO

RECUERDOS.

En Agosto de ochenta y nueve Altamirano salió para París. El «Liceo Mexicano» le dedicó una velada á la que no pudo asistir; y en aquel entonces escribí para el libro que á Altamirano consagramos, el artículo que copio abajo . . .

Teníamos razón de tener miedo!



Pensaba haber dicho algunos versos en la velada que dedicó el «Liceo Mexicano» al Maestro que se va; pero los versos me dejaron. Allí van los apuestos caballeros: ¡el paje con su halcón prendido al hombro; el doncel vestido de seda; el capitán con su coraza de bruñido acero! ¡Allí van los blancos penachos de pluma, las lucientes picas de las lanzas! Miro la nube de polvo, oigo el galope de los corceles! ¡Allí van mis versos! Entro á mi poesía, y es un castillo solitario. Los leños de la chimenea, ya amaron, ya ardieron. Cuelgan de los muros algunos retratos de hombres torvos. Las grandes armaduras aguardan cuerpos que se fueron, como los cadáveres aguardan almas que volaron. Este castillo no puede ya hospedaros, ¡oh maestro! Está en ruinas.

Algo nuestro va á irse en esa nave que espera en la bahía. Todos tenemos con Altamirano próximo parentesco intelectual. Es el autor de sus preclaras obras, y en mucha parte es el coautor tam-

bién de casi todas las obras buenas de nuestras dos últimas generaciones literarias. Ha sido, por el voto unánime de todos los escritores liberales, algo así como Presidente en la República de las letras mexicanas. El ha procurado independierla, desvincularla, en cuanto es conveniente y razonable, de la literatura española. Su influencia, pues, ha sido efectiva, trascendental y provechosa. Ha aconsejado, ha alentado, ha dirigido. Por juro de heredad es el maestro.

La influencia de D. Ignacio Ramírez — y aventuro con miedo, pero en conciencia, esta idea, — no fué tan eficaz en la literatura. Se siente más en el desarrollo político de México, y menos en el arte. Ramírez fué de los grandes demoleedores, y como buen escéptico, desdeñoso del vulgo, poco amigo de dar de su espíritu en comunión á la generalidad, filosóficamente egoísta. Su burla alejaba. Era su pensamiento de difícil acceso, como fortaleza alzada en la cumbre del peñón más árido y más alto. Venía Ramírez de las persecuciones, de los calabozos, de los destierros, y venía, no con odios, pero sí con amarguras, sí con desesperanza, sí con incredulidad, sí con desprecios. Podría decirse que, como Dante, regresaba del infierno. Sentía el agrio dejo de su vida azarosa. Su pereza no era modorra del entendimiento ni egoísmo; significaba lo que el *a quoi bon?* escrito por Lamartine en la última página del *contempus mundi*. ¿Para qué. . . ? ¿Para qué escribir. . . ? ¿Para qué luchar. . . ? ¿Todo es inútil! El Nigromante no sembró; no creía en la fecundidad de la tierra: se le cayeron de las manos muchas simientes y de ellas brotaron las espigas. Ya una vez admitidos en su intimidad, ya una vez hospedados en su castillo, veíamosle tal cual era, honrado, bondadoso, sabio. Pero ¡cuán escabrosa la subida! Acaso ninguno de nuestros pensadores descendió á tan hondos abismos como él; acaso ninguno llegó á cumbres más altas; pero, al volver á la tierra, Ramírez se reía de nosotros. Su Laura estaba en la cuarta esfera del Petrarca; su Beatriz en el paraíso. No cantaba sus dolores porque temía que hiciéramos mofa de sus lágrimas. No enseñaba, más de lo que enseñó, porque temía que no aprendiéramos.

Abrid los tomos de sus obras. Diríase al leerlas que visitamos ruinas clásicas. Y no son ruinas, sino acopio de preciosos materiales para construir un soberbio edificio. Allí hay mármol, allí hay oro, allí hay piedras preciosas; allí hay arcadas, allí hay plintos, allí hay capiteles, volutas, frisos de labor exquisita, pero todo está disperso, y todo adrede arrinconado. Parece que el arquitecto, como entre

sueños y con olímpico desdén, le dice al mundo:—Puedo erigir perenne monumento, y sé hacerlo, como lo miras, y no lo hago. ¿Para qué. . . ?

La poesía de Ramírez tampoco sirvió de cauce á una nueva corriente literaria. Ibase él con las Musas antiguas, despreciando á las modernas por estériles. Ibase con Horacio, su bueno y predilecto amigo. Ibase con el risueño Anakreón, su amable padre. Pero no se iba para traerlos de su compañía y hacerles gustar el zumo en nuestras vides—como Altamirano nos trajo á Horacio en sus *Abejas*,—sino para decirles: ¡Heme aquí de regreso! ¡Soy de los vuestros, oh, mis llorados ausentes; oh, mis viejos compañeros!

Cuando Ramírez habla en verso, tal se diría que traduce de un poeta latino, ó, algunas veces de un poeta griego. Lo moderno en literatura le disgusta. Desdeña la novela; burlase del teatro actual; no quiere hacer crítica que sea creación, y creación bella. Todo lo puede hacer; pero no quiere. ¿Para qué. . . ?

¡Cuánto bien, sin embargo, hizo á las letras, acaso involuntariamente, ese terrible demoleedor! Allaná el camino; lo limpió de estorbos. . . . Pero era preciso crear, y sólo el amor crea, sólo él fecundiza. Tenía á su lado aquel Maestro á un San Juan ardentísimo, al águila de Patmos, á Guillermo Prieto. Y tenía también á un discípulo muy querido, á su elocuente apóstol Pablo; á Altamirano. Estas dos grandes fuerzas han movido á la moderna literatura. De ambas hablaré con la necesaria detención, cuando escriba lo que me propongo escribir. . . . ¡Acaso nunca! Hoy sólo consagro á Altamirano algunas frases.

Tiene el talento de Altamirano, la cualidad que faltaba al talento de Ramírez: la de ser simpático. Y por simpático entiendo, en este caso, lo que atrae el mayor número, lo que seduce, lo que cautiva, lo que perdona, lo que disculpa, lo que alienta, lo que esparce y prodiga cariño. En otro orden de ideas, ¿cómo había de decir que no es simpático el talento de Ramírez? Altamirano tiene espíritu de apóstol. Propaga, predica, ama. Altamirano se entusiasma; corre sacudiendo su antorcha y gritando:—¡Aquí está, tomadla, que pase de mano en mano!—Su deseo es hacer prosélitos; su esperanza arde siempre como el fuego conservado por las vestales. Alfredo de Vigny, según la frase de Saint Beuve, se encerraba en su torre de marfil; Ramírez se encerraba en su hoso torreón de granito; Altamirano no quiere encierros ni clausuras, quiere luz, campo abierto, conquistas

Es un prodigio: da todo lo que tiene. No estudia para sí, estudia para todos. Su inteligencia no es avara, nada guarda. Altamirano es un admirable manirroto que á nadie escatima su talento. El dijo: *Dejad que los niños se acerquen á mí!* y fué dueño de toda una generación! Esos niños fueron hombres; esos hombres son célebres; ¡y son suyos!

Por tener tal espíritu de propaganda, por sentir tal amor, Altamirano — y esto sí lo digo sin miedo y en conciencia, — es más poeta que Ramírez. No es poeta arcaico, pero no porque no conozca á maravilla, no porque no ame á los poetas latinos y á los griegos, sino porque al entrar la poesía clásica en sus versos, entra previo el requisito de que Altamirano la naturalice y le dé carta de ciudadanía mexicana. Léanse *Las Abejas*. Descienden de las abejas de Hymeto; pero son de México. En sus *Naranjos* pueden posarse las cigarras que oyó cantar Virgilio; pero son naranjos de nuestra tierra.

Otros poetas americanos — este es vicio detestable, — han exagerado muchísimo lo que llaman algunos el *color local*. En Cuba hay vates que lo son nada más porque riman mamey con siboney y con carey. Esa poesía emborracha como el olor de un plantío de chirimoya ó guayabo. Altamirano es un poeta americano, por excelencia americano, pero que habla en correcto español, y que antes de ser americano, ha sido francés, ha sido latino, ha sido griego.

En Altamirano, al par que una intelección perfecta de la poesía clásica, existe el culto á la poesía moderna; y en los poetas próceres de la antigüedad, y en los poetas del romanticismo, y en los franceses de la época presente, y en los alemanes como Heine, y en los ingleses como Tennyson, y en los portugueses como Herculano, y en los de Norte y Sur América ha libado la miel que destilan sus versos y que resulta, filtrada por su ingenio, esencialmente mexicana. Esto es ser, en realidad, un poeta original: no inculto, no ignorante, no sólo inspirado, no espontáneo nada más, sino deliberado y sábiamente original.

Pero en Altamirano, el literato es tal vez superior al poeta. No tenemos otro literato más literato que él. Tendremos mejores filólogos, más pulcros hablistas, estilistas más brillantes, eruditos que hayan ahondado más esta ó aquella mina del saber; pero no tenemos ningún literato superior á Altamirano. Literato á la manera de Saint Beuve; crítico que es artista; erudito que resucita la belleza, no erudito de esos que parecen índices; en una palabra: Altamirano

es el literato que pintaba Lessing, «el que ama apasionadamente las letras y es apasionadamente amado de ellas.»

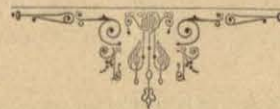
Tan literato y tan poeta es, que al escribir acerca de él, me olvido de los muchos otros títulos que tiene para pasar á la posteridad, revestido de gloria, y para merecer nuestra gratitud. Pero no quiero ya ni encarecer esta su ilustre primacía. Lo que Altamirano vale, sólo como literato y como poeta, no se dice, no cabe en un artículo. En éste, el amigo se despide del amigo; el soldado raso presenta el arma á su general en jefe!

. . . . De todas maneras, habría preferido hablarle en verso. Más á propósito es el verso para expresar intensas emociones. Hacer un juicio crítico del maestro, me es ahora imposible. Puede ser que sus obras tengan defectos. . . . pero, en ese instante, al despedirme de él, no se los hallo. No quiero, por egoísmo y por caridad, por no aumentar la pena mía y la pena de los otros, hacer memoria hoy de todas sus virtudes.

Quisiera, cobardemente, que no fuera un gran literato, que no fuera un gran poeta, que no fuera un gran amigo, para verlo partir con ojos serenos. Va á ser útil á la literatura nuestra en Europa; después de habernos educado, va á darnos á conocer. . . . y, sin embargo. . . . ¡yo quisiera mejor que no se fuera!

¡Vamos. . . ! El hombre siempre es niño! Y el niño tiene siempre miedo al mar. . . . y llora cuando se aleja de sus padres!

Este artículo no es un juicio crítico, no es nada. No dice adiós al maestro; no le dice «hasta luego». . . . le dice, sencilla y tristemente: ¡Volved pronto!





ERNESTO RENAN.

Ha muerto el más grande entre los grandes pensadores melancólicos contemporáneos: ya murió Renán. Su espíritu desterrado, su espíritu semejante á hermoso y niño príncipe en exilio, regresó á la patria que no conocía, porque aun no sabían sus ojos recordar cuándo salió de ella; á la patria que buscó siempre con ahínco, pero ¡solo! Ha muerto ese gran triste, ese ausente de lo infinito, ese hombre honrado. No iba, no voy, creo que no iré por sus caminos; no he podido, no puedo, temo que no podré nunca resignarme á dormir en la almohada de Epicuro para soñar los sueños de Platón; pero ese ánimo noble, lleno de amor humano, que se divinizaba á la luz silente del recuerdo; ese nostálgico de inmortalidad y de verdad; ese que no mintió y que fué leal á su conciencia; ese que tuvo flores imperecederas para los dioses muertos en su fe y que no desdennó nunca á la esperanza; ese que no creyó á Jesús su padre sino hermano suyo; ese gran huérfano, era de los vivos que yo amaba por sinceros, por enamorados de la belleza eterna, y también—¡es verdad!—por infelices.

Varios años hace cayó en mis manos el retrato de Renán . . . aquí lo tengo . . . y no . . . no me había figurado al hombre tal como era. Me le imaginaba gallardo, esbelto como Lamartine, y vedle: grueso, mofetudo, con aspecto de canónigo á la hora de vísperas. Se trasluce en sus ojos cierta tristeza resignada, y sus carnosos labios están húmedos como por el reciente beso de la vida. Descansa

sus manos en las rodillas, y se diría que ve jugar á los traviesos nietezuelos. Satisfacción en la carne; resignación en el espíritu; eso es lo que se adivina en el retrato. Hombre más hecho de nervios, no habría llegado como Renán y con la propia avidez de fe, á la edad de setenta años. A ese amante desgraciado de la religión, le dió la materia sus mullidos almohadones para que descansara, para que soñara. En su oriental letargo contemplaba á Sulamita entonando el cantar de los cantares. La voluptuosidad cerraba aquellos ojos, cuando iban á llorar, con dos fragantes pétalos de rosa.

Ve uno el retrato de Musset, y al punto dice: — ¡ese pobre poeta que sufre tanto, bebe mucho! — Y se exclama al ver este retrato de Renán: — ese no bebe, come y ama bien.

Pero adentro de esa materia densa, tras la capa de grasa que formó la vida providente para que en ella se embotaran los tiros del dolor, hay un espíritu inquieto que cae en sopor blando á la hora de los postres; pero que suele despertar, erguirse, y decir suplicante: ¿en dónde estoy? ¡quiero irme á casa! Ese espíritu fué otro; lo enluta como la sombra de una catedral; llora á un padre que tuvo y á quien acaso ya nunca ha de encontrar. Ese espíritu, impaciente desde la niñez, salió del Seminario de San Sulpicio para ir á Palestina . . . y ¡ay! ¡él sí que fué á la conquista de un sepulcro vacío! En ese enterró al Jesús de barba rubia, y alrededor de ese monumento anduvo siempre, como las santas mujeres, pero esperando en vano que Jesús resucitara.

Toda la existencia de Renán, es una perpetua, inútil correría por Tierra Santa. Ni su fe ida, ni su hermana muerta revivieron. Volvió desnudo como la verdad, y triste como ella. No engañó, dijo todo: — ¡Ya no tengo nada!

Bien sabía que, al decirlo, desgarraba corazones buenos y para él queridos; desataba los más estrechos lazos; se iba de los suyos; pero no quiso mentir.

Había él nacido, no para los grandes éxtasis de Patmos, pero sí para los deliquios místicamente amorosos de Teresa de Jesús. Su canto requería, como acompañamiento, la religiosa voz del órgano. Y con haber ocultado su incredulidad, con haber dicho hermosamente el salmo que esperaban las piadosas muchedumbres, habría sido por fuerza el sumo sacerdote, el corifeo de la oración.

Prefirió ser sincero. Y despidióse del amor de los que amaba, y la tristeza de la despedida rodea como de luz crepuscular toda su obra.

Cuando la materia de Renán dormita, el pensamiento de ese nostálgico, á modo de golondrina que busca el viejo nido en la torre de un templo, vuelve á su amado San Sulpicio, y desde la ventana, sin arrodillarse, porque las aves no se arrodillan nunca, oye la misa.

Parece que deseaba reconciliarse, sin falsía, con aquellos que por deber le desterraron de su comunión. É hizo un Jesús humanamente divino, un San Pablo hermosísimo; pero su Jesús era hombre; y su Pablo era apóstol, y lo que le pedían sedientas turbas, era un Dios y era un Santo.

¡Qué páginas tan melancólicas hay en los *Recuerdos de Infancia y Juventud* y en las *Hojas Desprendidas*! El idioma francés canta en los labios de esa prosa marmórea de divina elegía y el supremo epitalamio. Ningún gemido desgarrador como el de Job: el eco solamente de sollozos lejanos.

Había bajado Renán á las profundidades de las lenguas semíticas para hallar la palabra sagrada; mas no pudo hallarla. Había dicho á la estatua: — ¡sé dios! — pero no se animó aquel blanco mármol, como antes se había animado el de la amante Galatea. Había ido con sed, con hambre y con fatiga, siguiendo al pueblo de Israel en su penosa caminata; pero no columbró jamás el Monte Nevo.

La única caritativa para con él, fué la esperanza. Murió pensando que tenía un Padre desconocido allá en los cielos. Y su amargura, cuando la voluptuosidad le abandonaba, era la de pensar que no le querían, que no podían quererle tantos espíritus honrados, tantas almas puras!

¡Cómo en esos instantes de honda tristeza que se dibujan en sus libros, habría deseado tener una fe inmensa, para darle algo, sin quedarme entre sombras, de la mía!

¡Y cómo me indigna ver lo que ya ese pensador había previsto: la lluvia de injurias cayendo sobre la losa de la tumba! Para él, que amó tanto á su fe muerta y que mantuvo siempre viva la oscilante lámpara de la esperanza, los que tienen deber de amar no han tenido ni tienen caridad!

En su último libro están sus últimas y sinceras palabras: «orad por mí.»

Hoy esos ojos, cansados de esperar, ya se cerraron. Aquí yace el que mucho é intensamente quiso creer, pero no pudo.

Mi artículo sobre Ernesto Renán produjo, en cierta prensa, una marejada de insultos, que se rompe en el pedestal de la estatua levantada por la admiración universal á ese hombre honrado y grande. Dije que su método filosófico no era el mío; y con toda mala fe hánme querido presentar como incondicional devoto suyo. Pero mi oscura, insignificante personalidad no hace al caso: sí lastima á todo espíritu recto el ver injuriado á quien respeto merece y de antemano había perdonado á sus insultadores.

Cuentan que Renán, moribundo, dijo á un amigo: «Yo no sé en qué forma volveremos á vernos, pero nos veremos.» Y un periódico dice, comentando esa frase, que ella desmiente la vida toda de Renán. ¡Oh qué ignorancia!

Abro uno de los últimos libros que publicó, el *Porvenir de la Ciencia*, y leo lo siguiente:

«Fuí formado por la Iglesia, debo á ella lo que soy, y jamás lo olvidaré. Porque me separó de lo profano, le debo y tengo gratitud. Aquél á quien Dios ha tocado, es y será siempre un sér distinto de los otros; haga lo que haga, estará en toda época fuera de lugar en medio á los humanos, lleva una insignia, y por esa insignia se le reconoce. Para él no son halagüeñas las promesas de los jóvenes, y para él las jóvenes no sonríen jamás. Desde que él miró á Dios, le cuesta trabajo hablar: ya no conversa de las cosas terrenas. ¡Oh Dios de mi juventud! Por largo tiempo esperé volver á Tí, con las banderas desplegadas, con la altivez de la razón triunfante, y acaso he de buscarte humilde y vencido, como débil hembra!»

«En otra edad, Tí me escuchabas; tenía la esperanza de volver á ver tu rostro, porque me oías y contestabas mi clamor. Y he visto desmoronarse el templo, piedra tras de piedra; y ya no hay ecos en el Santuario, y en vez de aquel altar, adornado con dulces y con flores, miro erguirse ante mí un altar de bronce, contra el que va á romperse la plegaria, desmantelado, adusto, sin tabernáculo ni imágenes, y por la fatalidad ensangrentado. Es culpa mía? Es tuya? ¡Ah! ¡Con qué agrado golpearía yo mi pecho, si aún esperase oír aquella voz amada, que en otra edad me conmovía! Pero no; sólo queda la naturaleza inflexible. Busco tu ojo de padre, y sólo hallo la órbita vacía y sin fondo del infinito; busco tu frente celestial, y choco

en la bronceada bóveda que, de rechazo, y frío, me devuelve mi amor. ¡Adiós, pues, Dios de mi juventud! Acaso seas el de mi lecho mortuario. ¡Adiós! ¡Aunque me engañes, aunque me hayas engañado, te amo todavía!»

Cuando se escapa este gemido de uno de los corazones más rectos, cuando sombra esta duda una de las inteligencias más visitadas por la luz, cuando brillan esas lágrimas en ojos que pueden resistir la claridad del sol, no puede uno menos de preguntarse: ¿será una dicha la ignorancia?

Ese es un grito de dolor; ese es el grito en que prorrumpe el hijo cuando su padre lanza el último suspiro; el grito que lanzamos todos los huérfanos cada vez que sufrimos: ¡Padre, mi padre, nunca te veré!

Pero á pesar de ese clamor de eterna desesperanza, el huérfano ve allá, lejos, muy lejos, una débil luz. . . . la que brilla tenuemente en el último párrafo escrito por Renán. ¿Quién la encendió? ¿La fe? Ya estaba muerta. ¿La esperanza? Se había ido. La encendió la caridad, que es la única madre de los que ya no tienen madre: la caridad, que significa amor.

Este libro del gran artista de la palabra, del más sincero y triste de los pensadores, causa el propio efecto doloroso que aquel canto de Juan Pablo Richter, en el que aparecen resucitados, redivivos, todos los niños que murieron, y tienden las manos y dicen á Jesús crucificado:—Jesús, Jesús, ¿ya no tenemos padre?—Y Jesús les responde:—Hijos del siglo, todos somos huérfanos!

Renán, en la plenitud de su talento, no cansado pero sí entristecido, parece como que va melancólicamente á visitar la casa de sus padres. Se acuerda de que creía lo que sería el peor de los dolores, si no existiera el de recordar que se amó. Lloro en la tumba de su religión como se llora en la tumba de una madre. Y sin embargo, Renán nos había dicho: «Toda religión, cuando aparece, no es más que un nuevo género literario.»

Acontecáale lo que á todos los demolidores de templos, lo que á todos los iconoclastas. Después de echar abajo imágenes, esculpen otras de otros y las suben al altar. El templo cambia de inquilinos, pero siempre es templo. En el sobre de la oración escrita, va otro nombre; pero siempre es oración la que va adentro. Augusto Comte hace su religión; Hartman hace su religión. . . . hasta la misma *Irreligión del Porvenir* del materialista Guilloit, es una religión que está en su génesis.

De modo que las torres de las Catedrales, las torres cuyas agujas góticas parecen precavernos y salvarnos de los rayos divinos, están bien clavadas en la tierra, y no hay poder humano suficiente á arrancarlas. Necesitamos hablar de lo eterno. El materialismo hace eterna la materia. El se hace Dios, puesto que puede concebir la eternidad, y se desposa con lo inanimado.

Los santos salen corridos de una iglesia cristiana de París; pero entran á ella los poetas, los sabios y los héroes: otros santos! La humanidad cambia de amantes, pero siempre ama á dioses.

Renán se fué despidiendo con mucho cariño y con muchísima tristeza de sus creencias cristianas; pero cómo sin decirles ¡adiós! sino ¡hasta luego!—Adiós ¡oh mi Jesús! Yo quisiera que fueras dios, yo creo que lo mereces y te haría dios, si pudiera . . . pero mis maestros dicen que no lo eres y que te deje y que me vaya—Y Renán entierra á Jesús, y con su talento genial de insigne lapidario, le erige un monumento de mármol, un admirable mausoleo, La estatua del Nazareno la esculpe él y, aunque nos diga el autor que es la estatua de un hombre, nosotros replicamos: ¡no, ese es ángel!

—¡Adiós—dice Renán,—oh mi San Pablo!—y lo sepulta en un sarcófago de alabastro. Ya que no puede darle la inmortalidad del cielo, le da esto que aquí llamamos inmortalidad: la duración del genio en la memoria de los hombres.

Pero todas estas despedidas fueron muy tristes para el historiador . . . no . . . para el artista excelso. Salió del templo, como sale el novio de la casa de sus padres cuando va á casarse, llorando y sin saber si en el nuevo hogar será feliz. Más claramente dicho: no salió, se lo llevaron. El era dichoso en la casa paterna, pero quería ser más feliz, y amaba á la ciencia . . . que después, á lo que parece, le causó muy grandes desengaños.

La última ilusión de su vida es la última ilusión de todos; la de vivir más . . . todo lo posible. Y como está seguro de que el cristianismo ha de vivir más que su nombre—y al decirlo creo que tributo á Renán el elogio supremo,—quiere ligar su fama á esa religión que era su novia y á quien dejó por otra, pero sin olvidarla y queriéndola más y más cada día. Quiere entresacar de sus libros páginas hermosas, que puedan ser leídas, no, rezadas en la Iglesia, por la anciana triste que va en busca de consuelo, por la mujer que sufre, por la joven que espera. Esa inmortalidad, la del breviario, la del libro de oraciones, es la que codicia y ambiciona. Hacer que crean

y esperen y amen las buenas almas, es lo que desea y lo propone hacer él que no cree. A que lleguen á Jesús, entre nubes de incienso, las palabras de él que no cree en la divinidad de Jesús, es á lo que aspira. Si fuera posible—dice en su último artículo,—vivir otra vida, renacer en otro cuerpo, si la transmigración de las almas (que es el único error en que yo no he incurrido nunca), fuera un hecho, yo anhelaría, en otra existencia, ser mujer.

Irrita que á quien ha hablado con amor tanto de la fe le insulten los creyentes. Lo había previsto, lo había sufrido y lo había perdonado.

